

rara  
  
avis

Julius Fucik

Reportaje al pie

de la

**HORCA**



Ediciones  
Irreverentes

Julius Fucik

REPORTAJE  
AL PIE DE LA HORCA

Colección Rara Avis  
Ediciones Irreverentes

Todos los derechos reservados. Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier procedimiento y el almacenamiento o transmisión de la totalidad o parte de su contenido por cualquier método, salvo permiso expreso del editor.

De la edición: © Ediciones Irreverentes S.L.

De la traducción y el prólogo: © Vera Kukharava

febrero de 2011

<http://www.edicionesirreverentes.com>

ISBN: 978-84-96959-73-6

Depósito legal:

Diseño de la colección: Absurda Fábula

Diseño de cubiertas y composición: Absurda Fábula

Imprime: Publidisa

Impreso en España

## PRÓLOGO

### TENGO RAZONES PARA RECORDAR

El mundo contemporáneo no debe olvidar los desastres que causó en Europa la Segunda Guerra Mundial, sus horrores, los sufrimientos, las separaciones, las muertes de millones de ciudadanos. El olvido sería un crimen contra las personas que dieron su vida por el bienestar de los demás, un crimen contra las futuras generaciones. Debemos recordar esta guerra, memorizar los nombres de los héroes de distintos países, naciones, orígenes sociales, hombres y mujeres, todos aquellos que lucharon por la paz. Es la obligación de todos los habitantes de la Tierra.

Siento la obligación moral de recordar, conservar y transmitir, fuera de las convenciones políticas, el heroísmo del pueblo eslavo en la lucha contra el fascismo durante la Segunda Guerra Mundial. Aplastados por la invasión nazi, fueron torturados y murieron luchando por la paz y libertad de sus hijos, por las futuras generaciones.

Si viajan por los países de pasado soviético, por las tierras que recuerdan el fuego de las batallas de la Gran Guerra Patria –como la llaman allí– el crujir de los tanques y bombardeos, a lo largo de la carretera de Berlín a Moscú, pasando por Polonia y Bielorrusia, verán monumentos a los Héroes Caídos, millones de nombres tallados sobre los monolitos de mármol y las estelas de granito que se

alzan al cielo, llenas de apellidos de ciudadanos cuya muerte en el combate contra la Alemania Nazi en el período 1941-45 se quedó en el anonimato. Pero allí los recuerdan. Los perpetúan en las canciones, ponen sus nombres a las plazas, a los parques, a las calles y los hospitales, se celebran en su honor las fiestas nacionales como el Día de la Independencia, fechas memorables de la liberación de cada ciudad, de cada rincón, por pequeño que sea.

Se calcula hoy en día que entre las quince repúblicas soviéticas –sin contar los muertos en los países colindantes– colonizadas por los ejércitos de la Alemania de Hitler en los años 40, perdieron la vida, entre militares y población civil más de 30 millones de personas, sin olvidar que las grandes capitales y ciudades pequeñas se convirtieron en ruinas bajo los bombardeos y los ataques de los tanques, que miles de los pueblos y aldeas fueron quemadas enteras por los grupos de las S.S. con la gente viva dentro, sin olvidar los campos de concentración (mundialmente se conocen unos cuantos, pero eran cientos) donde exterminaban humanos con métodos terriblemente perversos y crueles ya que la orden que tenían era «aniquilar».

La tragedia del pueblo, sus pérdidas, el horror que testimoniaron a lo largo de aquellos años fueron tan inhumanos, tan fuerte el golpe a las naciones, que se quedaron grabados en la memoria de varias generaciones, dejando atrás otros acontecimientos históricos, como las invasiones de los ejércitos de Napoleón y las incursiones de las tribus mongoles.

No existe ninguna familia que no perdiera a alguien en la Guerra; ningún niño que no viera una medalla en la solapa de la chaqueta de su abuelo, que no escuchara el relato de sus victorias, de

valentía, de hazañas por la libertad y la paz, por la Patria. Cualquier familia guarda una historia como ésta<sup>1</sup>:

«Yo no llegué a conocer a mi abuelo Piotr, ni mi padre tampoco lo conocí. El abuelo, desapareció en combate<sup>2</sup>, murió cerca de Odessa, en el otoño de 1941. Mi abuela materna Lida, tenía dos hermanos, Zhenia y Volodia. Zhenia participó anteriormente en el conflicto militar finlandés y por heridas en 1941 no le llamaron al ejército, pero ¡cómo te vas a quedar en la retaguardia! Tienes a todos los amigos en el ejército. Él, un hombre adulto, sano, fuerte, en la retaguardia... Ingresó voluntario, pereció en marzo del 1942. A su hermano pequeño le llamaron al ejército al final del 1943, recién cumplidos 18 años. Del frente llegó sólo una carta, en febrero del 1944: “Mamá, ya llevo cuarenta días batallando.» Luego se supo que ese mismo día le mataron.

La hermana de la abuela Lida se despidió de su marido que mandaron al frente. Con sus amigas, se quedaron día y noche levantar fortificaciones cerca de Moscú. Trabajaban con muchísimo frío, con los pies en el agua. Cuando acabaron el trabajo y regresaron a casa, su madre le dijo: «¡Vaya, Lidka<sup>3</sup>, os daban de comer allí muy bien! ¡Cuánto has engordado!» La abuela Lida se rió, no engordó sino que estaba hinchada de hambre. Para comer les daban sólo un

---

1- Anton Orej. ¿Quién ganó la guerra?- 8 de mayo del 2010.-Revista Diaria.- Moscú.

2- Los desaparecidos en combate, los muertos en las grandes batallas con miles de soldados caídos en las situaciones extremas; generalmente era imposible recoger los cadáveres ni reconocerlos. Tropas enteras caían luchando como escudo humano para frenar el ataque de la Alemania nazi. En los mejores casos, cuando el ataque del ejército soviético lo permitía y el terreno se quedaba liberado del enemigo, se hacían fosas comunes.

3- Lidka es diminutivo de Lida.

pedazo de remolacha y un poco de pan. Su hijo pequeño murió en el territorio evacuado; su marido, Lionia, conductor militar, vivió la guerra hasta el final y pereció el 9 de mayo del 1945<sup>4</sup>, su coche se tropezó con una mina.

El padre de mi suegra, Ivan, volvió de la guerra con una herida grave. Hoy día le hubieran curado pero entonces... En el frente le cosieron como pudieron, y en casa ¿qué cuidados especiales podría tener? Murió cuatro años después de finalizar la guerra, tenía 38, más o menos como nosotros ahora. De toda la familia, sólo volvió entero de la guerra mi abuelo materno, Ivan Ivanovich, el abuelo Vania. Él será siempre para mí el ejemplo de un verdadero hombre y un verdadero oficial. Soñaba celebrar el 50 Aniversario de la Victoria, pero no se cumplió su sueño. Fue comunista por convención y si en el partido al menos el diez por ciento hubieran sido como él, quizá en este país las cosas irían de otra manera. De hecho, a los americanos no les llamaba imperialistas. En los combates volaba sobre «Catalina»<sup>5</sup> y contaba que este avión americano le salvó la vida. No nos sentábamos para hablar de la guerra, principalmente nos contaba cosas de ella mi abuela. No tuvimos discursos solemnes, yo no le decía nunca «gracias, abuelo, por la victoria». Pero siempre supe que fue mi abuelo Iván quien ganó la guerra; que la guerra la ganó mi abuelo Piotr, desaparecido cerca de Odessa; mi abuelo Zhenia, caído en el 42; mi abuelo Volodia, mi abuelo de 18 años, en el 44 y la abuela Lida que se moría de hambre cavando trincheras, defendiendo Moscú, y su marido Lionia, y el abuelo de mi mujer,

---

4- El 8 de mayo del 1945 en Berlín se firmó la capitulación de Alemania Nazi y el 9 de mayo la Unión Soviética junto a los aliados de Europa consideran como el Día de la Victoria.

5- Tipo de avión de combate.

Iván, a quién la guerra le alcanzó a pesar de todo. Ellos y millones como ellos lucharon cuatro largos años. Luchaban por sus hermanas, sus padres, sus mujeres e hijos. Luchaban por su calle, por su casa, pero muy pocos tuvieron la suerte de volver a ella. He nacido 27 años después de la Victoria, pero para mí no existe un día más importante que el Día de la Victoria, el 9 de mayo. Las joyas más valiosas en mi casa son las medallas de mi abuelo y su espada de oficial. Sé quién ganó la Segunda Guerra Mundial, y mis hijos lo sabrán cuando crezcan. La guerra la ganaron mis abuelos y bisabuelos.”

Allí vive el recuerdo de sus familiares, compatriotas, hombres, mujeres, niños, que se levantaron y dejaron sus vidas defendiendo su tierra.

Mundialmente llegaron a ser conocidos hechos de incalculable valor humano como El Cerco de Leningrado, la batalla de Stalingrado, la defensa de Moscú, las batallas de la liberación de grandes capitales europeas por el Ejército Rojo. «El Hoyo de Minsk» también fue una de estas luchas heroicas. El 23 de junio de 1944, tres años y un día después de la invasión alemana de la Unión Soviética, el Ejército Rojo lanzó una ofensiva en masa sobre el territorio de Bielorrusia. La ofensiva, con el nombre en clave de *Operación Bagрати́он*, condujo a la destrucción del Grupo del Ejército Centro Alemán y alcanzó su apogeo cinco semanas más tarde, cuando el Ejército Rojo llegó a las puertas de Varsovia. Un total de 17 de sus Divisiones fueron totalmente destruidas y más de 50 quedaron muy diezmadas. Fue la más calamitosa derrota de las fuerzas alemanas de tierra durante la Segunda Guerra Mundial y costaría a la fuerza armadas alemanas muchos más hombres y material que la

derrota de Stalingrado, que había tenido lugar dieciséis meses antes. Allí, cerca de Minsk, se reunieron varios ejércitos, miles de personas de distintas naciones: rusos, kazajos, georgianos, lituanos, bielorrusos y ucranianos, a los que unía la lucha contra el enemigo que destruyó sus casas; encogían los dedos en un puño para vengar a quien torturó a sus hermanos, mujeres, madres, que arrasó con fuego sus pueblos. Les unía la Idea, creían en la fuerza de un país, en la unión. «¡Por la Patria!» –gritaban los comandantes– y levantaban las tropas contra los tanques y cada uno pensaba en su patria, pequeña o grande, en su mujer e hijos amenazados por el hambre bajo los bombardeos o llevados a campos de concentración, desaparecidos sin que nadie supiera de su suerte. Y se levantaban las masas y con enorme, indescriptible, sufrimiento en el alma, dejando el campo de batalla sembrado de cascos de los suyos y del enemigo, bañados en sangre, llevaban de vuelta las esvásticas de los invasores, hasta la victoria final, hasta Berlín, colocando la bandera roja sobre la ciudad alemana.

\* \* \*

Los acontecimientos históricos y políticos de los años 40 y el testimonio de quienes los padecieron eran y son muy importantes en la literatura actual, sobre todo en los documentos, en las obras literarias, en las crónicas de los escritores de aquellos países que fueron invadidos por Alemania Nazi. Su principal misión era demostrar la importancia de la lucha, las grandísimas dificultades de la resistencia y valor de la victoria, mostrar las fuentes del heroísmo del pueblo, su fuerza moral, el firme convencimiento en las ideas, en ser fiel

a su Patria. Tenían que hacer un profundo análisis de una de las etapas más críticas en muchos países y en sus propias vidas; hacer llegar a los contemporáneos sus sentimientos y pensamientos. Para los escritores, sobre todo eslavos, el tema de la guerra es muy difícil, diverso e inagotable. Encontramos novelas donde se despliegan grandes procesos socio-políticos del período de la Segunda Guerra Mundial, con su relación con el pasado y el futuro de cada país, con la historia mundial: novelas de Konstantin Símonov, Vasilij Grossman, Yuriy Bondarev. Narrativa psicológica que descubre los fundamentos, las claves de cada persona en condiciones trágicas: las obras de Vasil Bykov. Pero independientemente del género, todas las obras están unidas por «la memoria del corazón», el tremendo deseo de contar la verdad sobre sus vivencias por los caminos de la guerra y la ocupación, sobre las tragedias de los pueblos y su inmenso esfuerzo por recuperar la paz y la libertad.

Pasados los años podemos revisar estos acontecimientos históricos, opinar sobre las ideas políticas, convencernos que un régimen, un sistema social, fue peor o mejor. En los años 40 del siglo pasado, muy reciente, en Europa, a la vista de todo el Mundo, florecieron las ideas del fascismo y los pueblos europeos sufrieron el duro golpe imperialista de la Alemania Nazi con el propósito de colonizar los territorios, esclavizar los pueblos, aniquilar las razas inferiores y a los enemigos y expandir su nación. También fue planificado el ataque contra la Unión Soviética, contra el Estado comunista y también contra los comunistas de otros países europeos.

Julius Fucik fue uno de esos comunistas que lucharon contra los nazis. Periodista y escritor checo, nació en Praga el 23 de enero del 1903, pertenecía a una familia obrera. Estudió filosofía en la Univer-

sidad de Praga. En 1921 ingresó en el Partido Comunista y por esas mismas fechas se inició como crítico literario y teatral. Fue redactor de las publicaciones comunistas *Rude Pravo* y *Tvorba* desde principio de la ocupación nazi, siguió su actividad antifascista y continuó publicando con seudónimo, recuperando las figuras claves de la cultura progresista checoslovaca. En febrero de 1941 pasó a ser miembro del Comité Central del Partido Comunista en la clandestinidad, encargándose de las publicaciones ilegales del partido. En el abril del 1942 fue arrestado por la Gestapo. A lo largo de su estancia en la cárcel de Pankrac, escribió su más famoso libro *Reportaje al pie de la borca*. El verano del 1943 Julius Fucik fue enviado al campo de concentración en Alemania, torturado y asesinado en la cárcel de Berlín Plötzensee.

Este libro fue publicado por primera vez en el 1945, al terminar la Segunda Guerra Mundial, y más tarde traducido a 70 idiomas de todo el mundo. Es un testimonio documental sobre la lucha antifascista del movimiento de la Resistencia checoslovaca. También es una exposición de los pensamientos de Fucik sobre el sentido de la vida y sobre la parte de la responsabilidad de cada persona en el destino del mundo. Por este libro fue galardonado en 1950, a título póstumo, con el Premio Internacional de la Paz.

Hubo momentos en los que se sospechaba sobre la autoría y autenticidad de esta obra y no es de extrañar dado el aislamiento de los condenados y las extremas condiciones en que se encontraban en la cárcel y por la ocupación alemana del país. Nosotros no lo vamos a suponer. Vamos a recoger la obra tal como salió a la luz en 1945, como testimonio palpitante de una persona que se enfrentó cara a cara con el enemigo; un patriota que con sus ideas, su espíri-

tu, su labor luchó contra la invasión alemana, mientras muchos otros traicionaron a sus familias, a sus amigos, a si mismos.

Como nos muestra *Reportaje la pie de la borca*, ni las torturas, ni los chantajes de los nazis consiguieron a doblegar a Julius Fuchik. Las fuentes de su valentía, de su heroísmo, fueron la firme convicción en la justicia de la lucha que llevaba a cabo, sentir fuertemente que cumplía su deber, tener ideas claras y fé en la Union Soviética como la fuerza decisiva en la guerra, fuerza que unió los pueblos en la lucha contra el fascismo y logró la Victoria.

Julius Fuchik murió físicamente, pero su espíritu está vivo. Su valór y su patriotismo nos tiene que servir a los demás, a los pueblos que luchan por la libertad, por la paz de sus familias, sus seres queridos, su tierra, por el amor a la vida.

Por eso Julius Fucik dijo: «¡Hombres, os he querido!»

Es imposible contar las obras que elogian la hazaña del pueblo, su heroísmo en la Segunda Guerra Mundial. En la tumba del soldado desconocido en la Plaza Roja de Moscú, están talladas estas palabras: «Tu nombre es desconocido, pero tu acto heroico es inmortal». Este libro es un monumento a todos los percidos a manos de traidores e invasores. Nos enseña amar a nuestra Patria, a ser firmes frente a las adversidades, a tener alta la moral que heredamos de nuestros antepasados.

Aquí están los testimonios de Julius Fucik, sus palabras que nos suenan tan suaves y claras, que leemos desde nuestra comodidad conformista. Nos quedamos consolados que los conflictos armados de las noticias quedan lejos: bombardeos, torturas, desapariciones y muertes quedan en otros continentes, que muchos no saben ni encontrar en el mapa y nos quedamos aliviados con el

corte publicitario de los imágenes sangrientas, olvidamos todo al mirar embobados los anuncios de refrescos azucarados, sucedáneo de cafeína, con sabor a acetona, para no dormirnos deprisa viendo la pantalla de colores.

Fucik añadió: «¡Estad alerta!»

VERA KUKHARAVA

## INTRODUCCIÓN

En el campo de concentración de Ravensbrück descubrí —me informaron mis compañeros de prisión— que mi marido, Julius Fucik, redactor de *Rudé Právo* y de *Tvorba*, había sido condenado a muerte el 25 de agosto de 1943 por un tribunal nazi, en Berlín.

Mis intentos de saber algo más sobre su suerte chocaron contra los altos muros del campo de concentración.

Tras la derrota de la Alemania nazi, en mayo de 1945, los detenidos que los fascistas no habían tenido tiempo de asesinar fueron liberados de las cárceles y los campos de concentración. Yo tuve la suerte de encontrarme entre ellos.

Al regresar a mi patria liberada investigué el paradero de mi marido. Hice lo que hicieron miles de personas que también buscaron —y muchas aún siguen buscando— a sus esposos, a sus mujeres, a sus hijos, a sus padres deportados por el ejército de ocupación alemán, arrastrados a alguna de sus cámaras de tortura.

Descubrí que Julius Fucik había sido ejecutado en Berlín el 8 de septiembre de 1943, quince días después de ser condenado. También averigüé que había escrito mientras estuvo en la prisión de Pankrác<sup>6</sup>. Fue el guardián A. Kolínský quien le facilitó los medios para hacerlo, llevándole a la celda papel y lápiz y sacando de modo clandestino de la cárcel las hojas manuscritas. Me he entrevistado con el

---

6- Prisión de Praga Pankrác Remand.

guardián. Y poco a poco he podido ir recopilando el material escrito por Julius Fucik en la cárcel de Pankrác. Reuní las hojas numeradas, escondidas por varias personas en diferentes lugares, y se las presento al lector. Es la última obra de Julius Fucik.

GUSTA FUCÍKOVÁ

Praga, septiembre de 1945.

*REPORTÁŽ PSANÁ NA OPRÁTCE*  
*REPORTAJE AL PIE DE LA HORCA*

*Julius Fučík (1903-1943)*

Escrito en la cárcel de la GESTAPO,  
en Pankrác, en la primavera de 1943.



Estar sentado firme, con el cuerpo rígido, las manos pegadas a las rodillas, los ojos clavados hasta cegarse en la pálida pared de esta cárcel del Palacio Petschek<sup>7</sup> no es, en verdad, la posición más adecuada para meditar. Pero, ¿quién puede forzar al pensamiento a permanecer sentado en posición de firme?

Alguien, algún día –quizá nunca sepamos ni quién ni cuándo– llamó a este cuarto del Palacio Petschek «sala de cine». ¡Qué noción tan genial! Una amplia sala con seis largos bancos ocupados por los cuerpos rígidos de los prisioneros y ante ellos un muro liso, como una pantalla cinematográfica. Entre todas las productoras cinematográficas del mundo no han llegado a realizar la cantidad de películas que sobre esta pared han visualizado los ojos de los detenidos en espera de un nuevo interrogatorio, del suplicio, de la muerte. Películas de vidas enteras o de los más mínimos fragmentos de cada vida; películas de la madre, de la mujer, de los hijos, del hogar devastado, del porvenir destrozado; películas de camaradas valerosos y de la traición recibida; imágenes del hombre a quien entregué aquella octavilla, de la sangre que será derramada otra vez, del fuerte apretón de manos, de la palabra de honor; películas repletas de horror y de decisión, de aborrecimiento y de amor, de angustia y de esperanza. De espaldas a la vida, cada uno contempla aquí su propia muerte. Y no todos resucitan.

---

7- La sede de la Gestapo en Praga.

Reiteradamente he sido aquí espectador de mi propia película, mil veces he seguido sus detalles. Ahora trataré de explicarla. Y si el nudo corredizo de la horca aprieta mi cuello antes de terminar la historia, quedarán todavía millones de hombres para completarla con un final feliz.

## CAPITULO I

### VEINTICUATRO HORAS

Las diez menos cinco. Una hermosa y tibia noche de primavera del 24 de abril del 1942.

Me apresuro. Justo lo que me permite mi coartada de hombre maduro que cojea. Tengo prisa para llegar a la casa de los Jelínek antes de que a las diez cierren el portal. Allí me espera mi ayudante, Mírek. Sé que esta vez no me informará de nada importante. Tampoco yo tengo nada que decirle, pero faltar a nuestra cita podría transmitir el pánico. Y principalmente quisiera evitar preocupaciones innecesarias a las dos buenas personas que nos acogen.

Me reciben con una taza de té. Mírek me está esperando. Y, con él, el matrimonio Fried. Una negligencia más.

—Me alegra veros, camaradas, pero no todos juntos. Es el mejor camino para ir a la cárcel y a la muerte. O respetáis las reglas de la conspiración o dejaréis de trabajar, porque así os exponéis y ponéis en peligro a los demás. ¿Entendido?

—Comprendido.

—¿Qué me habéis traído?

—El número de Primero de Mayo de *Rudé Pravo*.<sup>8</sup>

—Muy bien. Y tú, Mírek, ¿cómo estás?

---

8- Derecho Rojo, periódico del Partido Comunista de Checoslovaquia.

—Bien. Nada nuevo. El trabajo va bien...

—Bueno. Nos veremos después del Primero de Mayo. Os avisaré. Hasta pronto.

—¿Otra taza de té, compañero?

—No, no, señora Jelínek. Aquí somos demasiados.

—Tome al menos una tacita. Se lo ruego.

Alguien llama a la puerta. ¿De noche? ¿Quién podrá ser? Los visitantes muestran su impaciencia. Golpean en la puerta.

—¡Abran! ¡La policía!

—Rápido, a las ventanas. ¡Escapad! Tengo una pistola y cubriré vuestra huida.

¡Tarde! Bajo las ventanas se encuentran los hombres de la Gestapo, apuntándonos con sus pistolas. Tras forzar la puerta y cruzar el corredor, los agentes de la policía secreta penetran en tropel en la cocina y luego en la habitación. Uno, dos, tres, nueve tipos. No me ven porque estoy a sus espaldas, detrás de la puerta que han abierto. Podría dispararles con relativa facilidad, pero sus nueve pistolas encañonan a dos mujeres y a tres hombres indefensos. Si disparo, mis compañeros caerán antes que yo. Y si me pegara un tiro a mí mismo se iniciaría un tiroteo del cual serían ellos las víctimas. Si no disparo los encarcelarán seis meses, tal vez un año, y la Revolución los libertará. Mirek y yo somos los únicos sin salvación posible. Sin duda nos torturarán. A mí no podrán sacarme nada, pero ¿qué hará Mirek? Él, antiguo combatiente en la España republicana; él, que estuvo encerrado dos años en un campo de concentración de Francia para regresar desde allí ilegalmente a Praga en plena guerra; no, estoy seguro que no nos traicionará.

Tengo dos segundos para pensar.

Si disparo nada conseguiré. Tan sólo me liberaré de las torturas, pero sacrificaré inútilmente la vida de cuatro camaradas. Decidido, entonces. Salgo de mi escondite.

—¡Ah! Uno más.

El primer golpe lo recibo en el rostro. Bastante fuerte como para dejarme sin sentido.

—*¡Hände auf!*<sup>9</sup>

Segundo, tercer golpe.

Tal y como me lo había figurado.

El piso, donde antes reinaba un orden perfecto, se convierte en un montón de muebles destrozados y de vajilla rota.

Recibimos más puñetazos y patadas.

—*¡Marsch!*<sup>10</sup>

Me introducen en un coche, siempre encañonado por suspistolas. Durante el desplazamiento comienza el interrogatorio.

—¿Quién eres?

—El profesor Horák.

—¡Mientes!

Mantengo la calma. Me encojo de hombros.

—Estate quieto o disparo.

—Dispare.

En lugar de la prometida bala, recibo un puñetazo.

Pasamos junto a un tranvía. Me da la impresión de que lleva coronas de flores blancas. ¿Cómo? ¿Un tranvía de bodas, a estas horas, en plena noche? Será la fiebre que comienza y me hace ver cosas que no existen.

---

9- ¡Arriba las manos! (En alemán).

10- ¡En marcha! (En alemán).

El Palacio Petschek. Nunca creí que pudiera entrar vivo en él. Subimos al galope hasta el cuarto piso. ¡Ah! La famosa sección II-A I, de investigación anticomunista. Me parece que incluso late en mí una cierta curiosidad. El comisario alto y flaco que dirigía el pelotón de asalto coloca su pistola en el bolsillo y me lleva con él a su despacho. Me enciende un cigarrillo.

—¿Quién eres?

—El profesor Horák.

—Mientes.

Su reloj de pulsera marca las once de la noche.

—Registradle.

Empieza el registro. Me quitan la ropa.

—Tiene papeles.

—¿A nombre de quién?

—Del profesor Horák.

—Averiguadlo.

Llaman por teléfono.

—Como se podía suponer. Su nombre no consta en los registros oficiales. Su documentación es falsa.

—¿Quién te la dio?

—La Jefatura de Policía.

Primer bastonazo que recibo. Segundo. Tercero. ¿Debo contarlos? No, esta estadística ya no la publicarás nunca.

—¡Dinos tu nombre! ¡Responde! ¡Tu domicilio! ¡Responde! ¿Qué contactos tienes? ¡Responde! ¡Danos direcciones! ¡Responde! ¡Responde! ¡Te vamos a moler a golpes!

Me pregunto cuántos golpes puede aguantar un hombre sano. La radio anuncia la medianoche. Cierran los cafés y los últimos

parroquianos retornan a sus casas. Ante las puertas, los enamorados golpean levemente el suelo con sus pies, incapaces de llegar a despedirse. El comisario largo y delgado entra en la sala con una sonrisa de satisfacción.

—¿Todo va bien, señor redactor?

¿Quién se lo habrá dicho? ¿Los Jelínek? ¿Los Fried? Pero si ni siquiera conocen mi nombre.

—Ya lo ves, lo sabemos todo. ¡Habla! Sé razonable.

¡Qué forma de expresarse más extraña! Ser razonable equivale a traicionar. No soy razonable.

—¡Atadlo! ¡Y sacudidle fuerte!

Es la una. Los últimos tranvías se retiran. Las calles están desiertas y la radio se despide de sus fieles oyentes.

—Dinos: ¿Quiénes son los miembros del Comité Central? ¿Dónde están las emisoras? ¿Dónde vuestras imprentas? ¡Responde! ¡Responde! ¡Responde!

Ahora ya puedo contar con más tranquilidad los golpes. El único dolor que siento es de los labios, mordidos por mis dientes.

—¡Descalzadle!

Las plantas de los pies no han perdido aún la sensibilidad. Siento los golpes. Cinco, seis, siete... Y ahora parece como si los porrazos me penetraran en el cerebro.

Son las dos de la madrugada. Praga duerme. Y probablemente en alguno de sus lechos un niño llora entre sueños y un hombre acaricia la cadera de su mujer.

—¡Habla! ¡Habla!

Paso la lengua sobre mis encías e intento contar los dientes rotos. No lo consigo. ¿Doce, quince, diecisiete? No. Ese es el núme-

ro de los comisarios que me «interrogan» ahora. Algunos parecen fatigados. Y mi muerte está tardando en llegar.

Son las tres. Desde los arrabales llega la madrugada; los verduleros afluyen al mercado; los barrenderos aparecen en las calles. Quizá viva lo suficiente todavía para ver el amanecer.

Traen a mi mujer.

—¿Usted le conoce?

Me trago la sangre para que no la vea... Pero es inútil, la sangre brota de todas las partes, de mi rostro e incluso gotea desde las yemas de mis dedos.

—No. No lo conozco.

Lo dijo sin que su mirada dejara traslucir su espanto. ¡Preciosa mía! Ha cumplido la promesa de nunca confesar que me conoce, incluso cuando ya es inútil. ¿Quién es, entonces, quien me ha traicionado?

Se la llevaron. Me despidió de ella con la mirada más alegre de que soy capaz. Acaso no sea tan alegre. No lo sé.

Son las cuatro de la madrugada. ¿Amanece? ¿No amanece? Las ventanas cubiertas no me dan respuesta. Y la muerte todavía no llega. ¿Debo acelerar el proceso de mi muerte? Pero, ¿cómo?

Me ha pegado alguien y he caído al suelo. Me apalean. Me pisean. Sí, quizá ahora el fin vendrá rápidamente. El comisario vestido de negro me levanta por la barba, riéndose con satisfacción mientras me muestra sus manos llenas de pelos arrancados. Es realmente burlesco. Ya no siento ningún dolor.

Las cinco, las seis, las siete, las diez, mediodía. Los obreros van y vienen del trabajo; los niños van a la escuela y vuelven, en las tiendas se vende con normalidad, en las casas se cocina. Quizá, en este momento, mi madre se acuerde de mí. Quizá los camaradas

sepan ya de mi detención y tomen medidas de seguridad, por si me hacen hablar... ¡No, no temáis, no hablaré! ¡Confiad en mí! Después de todo, mi fin ya está cerca. Estoy ahora como en un sueño, una pesadilla febril: los golpes caen, los esbirros me refrescan con agua. Y nuevos golpes. Y otra vez: ¡Responde! ¡Responde! ¡Responde! Pero aún no consigo morir. Madre, padre, ¿por qué me habéis hecho tan fuerte?

Son las cinco de la tarde. Todo el mundo está ya agotado. Los golpes caen sobre mí más lentamente, a largos intervalos, más por la inercia. Y de súbito oigo desde muy lejos, una voz suave, dulce, tierna como una caricia:

—*Er hat schon genug.*<sup>11</sup>

Ahora estoy sentado. Ante mí una mesa, me parece que se balancea. Alguien me da de beber, alguien me ofrece un pitillo que no tengo fuerzas para sostener, alguien intenta ponerme los zapatos y dice que es imposible. Después, medio andando y medio arrastrando, me llevan escaleras abajo, hasta un coche. Arrancamos. Durante el viaje me apuntan de nuevo con las pistolas: es para reírse. Pasamos junto a un tranvía. Un tranvía adornado con flores blancas, un tranvía de bodas. Quizás sólo sea un sueño, una pesadilla, la fiebre o tal vez la agonía o la propia muerte. Siempre pensé que la muerte es un proceso duro; pero lo mío ya no lo es, no siento nada, me siento ligero como una pluma. Basta un soplo para que todo termine. ¿Termina? No, aún no. De nuevo estoy de pie. Sí, sí, estoy de pie, yo solo, sin el apoyo de nadie. Junto a mí se alza una sucia pared amarillenta, salpicada de... ¿De qué? Parece sangre... Sí, es

---

11- Este ya ha cobrado. (En alemán).

sangre. Levanto la mano, con los dedos intento extenderla... Lo consigo... Sí, está fresca. Es mi sangre...

Por detrás, alguien me golpea en la cabeza y me ordena levantar las manos y hacer genuflexiones. A la tercera caigo...

Un tipo alto de la S.S.<sup>12</sup> se inclina sobre mí y me pateo para que me levante. Es inútil. Alguien me lava y de nuevo estoy sentado. Una mujer me da una medicina y me pregunta dónde me duele. Y entonces parece como si todo el dolor se concentrara en mi corazón.

—Tú no tienes corazón —me dice el alto y delgado S.S.

—Sí, lo tengo —le respondo. Y de pronto me siento orgulloso porque he sido lo suficientemente fuerte para salir en defensa de mi corazón.

Poco después, todo desaparece ante mi vista: el muro, la mujer con el medicamento, el tipo alto de las S.S.

Ante mí se abre la puerta de una celda. Un S.S. gordo me arrastra a su interior, me arranca los girones de la camisa, me tumba sobre el jergón, palpa mi cuerpo hinchado y ordena que me apliquen compresas.

—Mira —le dice al otro moviendo la cabeza—, comprueba lo que saben hacer.

Y una vez más desde lejos, desde muy lejos, oigo una voz suave y dulce, tierna como una caricia:

—No aguantará hasta mañana.

Son las diez menos cinco. Hermosa y tibia noche de primavera del 25 de abril del 1942.

---

12- Las S.S. nacieron como guardia personal de Adolf Hitler. Pasaron de ser una pequeña formación paramilitar a convertirse en una de las más grandes y poderosas organizaciones dentro del Tercer Reich.

## CAPITULO II

### LA AGONÍA

*“Cuando la luz del sol y la claridad de las estrellas se extinguen para nosotros, se extinguen para nosotros...”*

Dos hombres, con las manos juntas, en actitud orante, caminan en círculo, con paso lento y abatido, en torno a una blanca cripta, cantando con voz monótona y discordante una triste salmodia.

*“... es dulce para las almas  
subir al cielo, subir al cielo...”*

Alguien ha muerto. ¿Quién? Intento volver la cabeza. Quizá logre ver el féretro con el difunto y los dos cirios que como dos índices se levantan a su cabecera.

*“...donde la noche ya no existe,  
donde eterna es la luz del día...”*

He conseguido levantar la vista. No veo a nadie. No hay nadie: sólo estamos ellos dos y yo. ¿Para quién cantan esos salmos?

*“Esa estrella siempre fulgurante  
es Jesús, es Jesús...”*

Es un entierro. Sí, seguramente es un entierro. ¿Y a quién enterrarán? ¿Quién está aquí? Sólo ellos dos y yo. ¡Y yo! Quizás sea mi propio funeral. Pero escuchad: esto es un error. Yo no estoy muerto. Estoy vivo. Ya veis que os miro y hablo con vosotros. ¡Deteneos! ¡No me enterréis aún!

*“Cuando alguien nos da el adiós  
por última vez, por última vez...”*

No me escuchan. ¿Están sordos? ¿O no hablo lo suficientemente alto...? ¿O estoy muerto de verdad y a ellos les es imposible escuchar mi voz sin cuerpo? ¿Será, acaso, mi cuerpo, tendido boca abajo, espectador de mi propio entierro?

*“...dirige su mirada piadosa  
al cielo, al cielo...”*

Lo recuerdo: alguien me recogió con dificultad, me vistió y me dejó en la camilla. Pasos metálicos resonaron en la galería y después... Eso es todo. Ya no sé más. No puedo recordar nada más.

*“donde la claridad eterna se alberga...”*

Pero todo esto que está sucediendo es absurdo. Yo estoy vivo. Siento un dolor lejano y tengo sed. Los muertos no tienen sed. Concentro todas mis fuerzas para mover la mano y una voz extraña y anómala, no parece la mía, brota de mi garganta:  
—¡Agua!

¡Por fin! Los dos hombres dejan de andar en círculo. Se acercan a mí, se inclinan y uno de ellos aproxima a mis labios un jarro de agua.

—También debes comer, compañero. Desde hace dos días no has dejado de beber y beber...

¿Qué me dice? ¿Ya dos días? ¿Qué día es hoy?

—Lunes.

Lunes. Y el viernes fue cuando me detuvieron. ¡Qué pesada siento la cabeza! ¡Y cuánto refresca el agua! ¡Dejadme dormir! Una gota de agua agita la superficie transparente de la fuente. Es el manantial de un prado entre montañas, cerca de la casa del guardabosque, al pie de Roklan. Y una lluvia fina e ininterrumpida golpea sobre las agujas de los pinos... ¡Qué dulce es dormir!

Y cuando por fin me despierto de nuevo ya es martes por la noche y un perro se encuentra ante mí. Un perro lobo. Me mira con sus hermosos y perspicaces ojos y pregunta:

—¿Dónde vivías?

¡Oh, no! No es el perro. Esa voz pertenece a otro ser. Sí, aquí hay alguien más. Veo unas botas altas y otro par de botas altas, y un pantalón de montar; pero más arriba ya no veo nada. Y cuando quiero mirar, siento vértigo. Qué importa. Dejadme dormir...

## MIÉRCOLES

Los dos hombres que cantaban los salmos están sentados a la mesa, comiendo en escudillas de barro. Al fin los distingo. Uno es más joven que el otro y no parecen monjes. Ni la cripta es ya una cripta; es una celda como cualquier otra. Las tablas de madera en el suelo aparecen a la altura de mis ojos, para llegar a la pesada puerta negra.

Resuena la llave en la cerradura. Dos presos saltan de su sitio y se ponen firmes. Otros dos tipos, con uniformes de S.S., entran y ordenan que me vistan. Ignoraba cuánto dolor puede ocultarse en cada pernera de mi pantalón, en cada manga de mi camisa. Me colocan sobre una camilla y me llevan escaleras abajo. Oigo pasos de botas herradas que resuenan a lo largo del corredor. Este es el camino por el cual me llevaron y me trajeron sin conocimiento. ¿A dónde conducirá? ¿En qué lugar terrible desembocará? En la sombría y despacible oficina de registro de la *Polizeigefängnis*<sup>13</sup> me depositan en el suelo y una voz checa, con fingida bondad, me traduce una pregunta escupida con furia por una voz en alemán:

—¿La conoces?

Sostengo como puedo la barbilla con la mano. Ante la camilla está una joven de gruesas mejillas. De pie y con la cabeza erguida mira sin jactancia, pero con dignidad, con los ojos bajos: lo suficiente para verme y saludarme.

—No la conozco.

Recuerdo haberla visto sólo en una ocasión y apenas por un momento durante aquella espantosa noche en el Palacio Petschek. Esta era la segunda vez y, desgraciadamente, ya no he vuelto a verla, como hubiera querido, para estrechar su mano por la dignidad con que obró. Era la mujer de Ernesto Lorenz. Fue ejecutada el primer día del estado de sitio, en 1942.

—¿Y a ésta? Muy posiblemente la conocerás.

¡Anichka Jirásková! Por Dios, Anichka, ¿cómo es posible que haya venido a parar aquí? Nunca pronuncié su nombre. Nada ten-

---

13- Cárcel de la policía alemana en Pankrác.